



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 1187

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 1 DE JUNIO DE 1901

CONDICIONES

El pago sera siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimirta 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CONSECUENCIAS

El presidente de la sociedad de empleados de tranvías madrileños y cuatro miembros de la directiva de dicha sociedad, embarcarán en breve para Cuba.

La campaña realizada por esos individuos, que durante un mes han tenido á la capital de España en plena agitación, no ha podido ser más perjudicial. Respondiendo á la solidaridad que el obrero proclama en todas partes como remedio milagroso de sus males, abandonaron la ocupación en que ganaban el pan de sus hijos y se pusieron al frente de la huelga, que rugía entonces con el fragor de tormenta desencadenada.

Al principio eran mil los huelguistas llenos de ardor y arrojo; pero comenzaron á faltar los recursos y el número fué disminuyendo á medida que los hijos lloraban por falta de pan. Así han venido á quedar solos esos cinco individuos que emigran á Cuba, tal vez maldiciendo el instante en que se sintieron impulsados á hacer de quijotes.

Hay en estas luchas del capital y el trabajo un factor importante del cual suelen ser víctimas los que hacen de cabeza de molin y los más crédulos que son frecuentemente los más apasionados: el egoísmo.

Por egoísmo niegan muchas veces los patronos lo que con justicia piden los obreros. Por egoísmo también se extralimitan éstos de lo que buenamente se les puede dar; y cuando se empeña la batalla y se eterniza, por egoísmo, pero egoísmo disculpable, porque es muy humano, se aclaran las filas obreras y vuelven al taller los más listos, pasando por todo, aun por las agregaciones de sus propios compañeros á quienes dejan abandonados ha-

ciendo caso omiso de la solidaridad.

Eso ha ocurrido en la huelga de empleados de tranvías madrileños; eso ha ocurrido en las últimas huelgas catalanas; eso ha pasado en La Coruña, en Gijón, en Marsella, en Badajoz, en Cartagena y pasará en Cádiz en la huelga de los Astilleros y pasará siempre; dentro y fuera de casa, pues cuando la carencia de trabajo se resuelve en lloros y son los hijos los que derraman lágrimas porque tienen hambre, no hay padre que resista ese espectáculo; y cuando ese caso llega vende sus fuerzas sin poner condiciones, por lo que le dé.

Reciente está aun la huelga de obreros panaderos que dió al traste con la sociedad y dejó á muchos sin ocupación. Más reciente está aun la de tipógrafos en que ha sucedido lo mismo; como sucedera mañana con cualquiera otra que pueda surgir, si los obreros no se alienan á las enseñanzas que les ofrece la experiencia.

Para ir á la huelga con esperanza de obtener el resultado apetecido, se necesita algo más que cargarse de razón; se necesita también no extremar las exigencias; pues si éstas pasan los límites del margen en que puede sostenerse la cuestión, é invaden el capital del patrono asegurándole una pérdida positiva del mismo, inútil será que los obreros soliciten lo que de ningún modo se les podría conceder. Además, hay otra condición capitalísima que no puede desatenderse y si no se le tiene en cuenta para dejarla cumplida, la solidaridad de que se alardea será siempre un mito. Esa condición es la caja de resistencia. Si al iniciarse la huelga no está llena de billetes para asegurar la subsistencia de los trabajadores, la resultante de la huelga será como la de los empleados de tranvías de Madrid: un desencanto para el mayor número y la ruina para los más lépacos,

que, sobre quedar vencidos, quedarán sin trabajo.

Conviene no olvidar esto, porque es sensible que persiguiendo ilusiones, se queden en la miseria tantos padres de familia.

TIJERETAZOS

Leemos:

«Lo que hace falta para que España se baste á sí misma es tener un concepto más elevado de la Patria.»

El consejo es de un francés.

Pero somos tan refractarios á seguirlos, que continuaremos la tarea de zaherirlos de todas maneras.

Los biceñarras y catalanistas blasfemando su nombre.

Los demás desacreditándola para echar la zancadilla al gobierno.

Dicen de China que reina en aquel país con tanta fuerza el hambre, que hay familia que vende á sus parientes por comer.

Haço días fueron vendidas dos niñas por tres francos.

Pues bien; á ese país le va á sacar Europa 450 millones de talers.

¿Y aun hay quien duda de la misión civilizadora del viejo continente!

Los consumidores de la Coruña se han declarado en huelga abandonando los felatos.

Y es natural; apenas se hizo noche, se inició una corriente de matute.

Por cierto que muchas poblaciones tienen envidia á la Coruña y hacen votos por tener una huelga semejante.

Leemos y.... vamos, nos llenamos de asombro:

«El gobernador de Barcelona ha denunciado al Juzgado instructor los discursos que se pronunciaron en el mitin electoral celebrado la noche anterior al escrutinio, y los brindis hechos en el banquete que se dió en honor de los candidatos republicanos.»

Y de los discursos pronunciados en la asamblea de Tarrasa ¿qué?

¿Y de los mueras, declaraciones violentas, retenciones antipatrióticas, manifestaciones veladas y sin velos?

¡Ay, Sr. Larroca! ¿Qué modo de quedarse en la suerte!

La antorcha marítima

Mr. Philip Robertson, en el «Harmworth Magazine», hace curiosas revelaciones acerca de algo que podía denominarse el acabamiento de los torpederos, ó al menos la terminación de la boga en que se hallan.

En efecto, en los Estados Unidos parece que se ha descubierto una antorcha marina que funciona con acetileno, y gracias á la cual se difentará en extremo la realización de una explosión submarina.

La antorcha consiste en un cilindro metálico, cuya longitudinal puede variar entre tres y cinco pies, y cuyo diámetro es de 8 á 20 centímetros.

La mitad de este recipiente está llena de carburo de calcio y perforada con minúsculos agujeros que permiten la entrada del agua en el interior.

Los focos suministran una luz de dos mil bujías de potencia durante un lapso de tiempo que puede oscilar entre dos y doce horas.

Ni el viento ni las aguas pueden apagar la llama de esta maravillosa lámpara, que puede permanecer sumergida durante bastantes minutos.

Al ser embestida, por ejemplo, por una ola, puede ocultarse su luz, pero la recobra automáticamente al volver á la superficie de las aguas.

La antorcha marina puede ser lanzada por un cañón cualquiera, del calibre que se desee. Los experimentos hasta ahora realizados han permitido comprobar que la antorcha ilumina con bastante suficiencia un radio de doce millas, durante las noches más desfavorables para las pruebas.

El inventor del nuevo artefacto es el coronel W. J. Wilson, de Filadelfia, quien lo sometió, desde luego, al examen de Mister Roosevelt, entonces secretario adjunto del departamento de Marina.

Esto ocurría en los comienzos de la guerra hispano-yanqui y se encargó cierto número de antorchas que se deseaba utilizar en el bloqueo de Santiago de Cuba.

El diámetro de todas ellas había de ser uniformemente de tres pulgadas, y el precio de cada docena, 100 dólares.

Pero resultó que las antorchas del coro-

nel Wilson funcionaban bastante mal, ó mejor dicho no funcionaban, toda vez que escasos minutos de sumersión bastaban para apagarlas irremediamente.

Se había firmado ya la paz entre las naciones contendientes, y aun los trabajos del inventor no habían conseguido remediar tan esencial defecto.

En agosto de 1899 dos ingenieros de Baltimore, MM. Rosa y Holmes descubrieron el secreto de la inextinguibilidad de las antorchas de Wilson; se aseguraron de que el gobierno norteamericano se desinteresaba del asunto y compraron al coronel la patente de invención que había obtenido. Entonces se formó una Compañía bajo el título de «Compañía de la antorcha marítima.»

De ahora en adelante, todos los Estados y todas las Marinas mercantes del mundo, pueden proveerse libremente del precioso artefacto que, no solo permitirá á los buques de guerra vigilar los movimientos de los torpederos enemigos, sino á toda clase de barcos evitar las terribles y demasiado frecuentes colisiones que se verifican en el Canal de la Mancha y en los mareas de Terranova.

Finalmente la antorcha marina facilitará en extremo el salvamento de los buques naufragos.

Curiosidades

Alemania es un país científico donde los profesores ejercen influencia profunda y donde los higienistas acaban de ganar la gran batalla contra el uso del corsé.

No pudiendo hacer que el Parlamento votase una ley contra el corsé, ni que el emperador se metiera en atolladeros tan grandes como el que representaría dicha prohibición, los médicos han conseguido que los profesores de las escuelas públicas y de los colegios superiores prohiban unánime y absolutamente que las alumnas lleven corsé.

Las reclamaciones de corseteros y corseteras son infinitas. Alegan estos industriales que la prohibición representa la ruina de su industria, porque si no se deja que las muchachas gasten corsé hasta después de haber salido de los colegios, es decir, hasta los diez y siete ó los diez y ocho años, es seguro que ya no se lo pondrán en su vida.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 137

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 138

El oficial manco lo contemplaba sonriendo.—¡No le faltará á V. tiempo, créame V.—le dijo.

El joven fijó con respeto los ojos sobre aquel enflaquecido, súbitamente iluminado por una sonrisa, y continuó echándose el té en silencio. Y en verdad que la cara, la actitud del herido, y sobre todo la manga flotante de su uniforme, le daban una apariencia de tranquilidad indiferente, que parecía responder á cuanto se decía ó hacía en torno suyo. «Todo eso está muy bien, pero estoy al cabo de ello y podría realizarlo si quisiera».

—¿Qué hacemos?—dijo otro de los jóvenes, á su compañero el del arkaluk.—¿Vamos á pasar aquí la noche ó seguiremos adelante con nuestro dulce caballo?

—Figúrese V., capitán—prosiguió cuando su compañero hubo declinado al contestar á su proposición (se dirigía al manco, recogiendo el cuchillo que éste había dejado caer)—que como nos han dicho que los caballos están carísimos en Sebastopol, hemos comprado uno en Sympheropol, á medias.

—¿Les han saqueado mucho?

—No lo sé, capitán. Hemos pagado por todo, caballo y carreta, novella rublos. ¿Es muy caro?—añadió dirigiéndose á todos, incluso á Koseltzoff que lo contemplaba.

«¡Mala suerte!—decía uno de los jóvenes—encontrarse tan cerca y no poder llegar. Hoy mismo puede ser que haya algo, y no estaremos.»

En el timbre algo agudo de su voz, en el matiz encarnado, juvenil, que se extendía en placas por su fresco rostro, adivinábase la simpática timidez de un joven que teme decir algo fuera de lugar.

tioular.—¿Pero qué quieren Vds. que haga? Déjenme ustedes tan solo (la cara de los oficiales expresó, al oír esto, la esperanza) ir tirando hasta fin de mes, y ya no me verán más. Prefiero irme á Malakoff que continuar aquí. ¡Por Dios! Hagan Vds. lo que quieran; no tengo ni una britchka en buen estado, y hace tres días que los caballos no ven ni un manojo de heno.

Y al decir esto se eclipsó. Koseltzoff y los dos oficiales entraron en la casa.

—¡Está bien!—dijo el de más edad al más joven con tono tranquilo, el cual contrastaba vivamente con su ólera de poco antes.—«Hace tres meses que estamos en camino; esperaremos; esto no es una desgracia; nadie nos apresura.»

Koseltzoff encontró con trabajo, en la sala de la casa de postas, ahumada, sucia, llena de oficiales y de maletas, un lugar próximo á la ventana. Sentóse allí, y se puso, mientras liaba un cigarrillo, á examinar las caras y oír las conversaciones. El grupo principal estaba á la derecha de la puerta de entrada, en torno de una mesa roja y grasienta, sobre la cual hervían dos samovares (1) de cobre, manchados

(1) Teteras grandes.